
Radicalización en los Países Bajos. Una aproximación a los estudios sobre detección, prevención y combate del extremismo religioso y político

Hans-Peter van den Broek
Universidad de Oviedo

Ya desde los años 90, se está llevando a cabo un interesante, y a menudo tenso, debate en los ámbitos académicos y políticos de los Países Bajos sobre varios aspectos problemáticos de la sociedad multicultural, un debate al que a menudo se denomina el ‘debate de las tres íes’: Inmigración, Integración e Islam. Desde principios del siglo XXI, los estudios académicos y el debate político se centran sobre todo en la radicalización de determinados grupos en la sociedad: en principio, en la de los jóvenes inmigrantes (generalmente, de segunda o tercera generación) de ideología islamista/yihadista, pero más adelante también en la radicalización de grupos de la ultraderecha o la extrema izquierda.

Cuando en otras partes de Europa el análisis de la violencia política o religiosa solía partir principalmente de teorías de extremismo o terrorismo, el servicio de inteligencia holandés decidió poner el foco en el concepto de ‘radicalización’, queriendo centrar el interés en los *procesos* que llevan a determinadas personas a adoptar posturas cada vez más extremistas (Sterkenburg, 2020). Después de los atentados yihadistas de Madrid (11 de marzo de 2004) y Londres (7 de julio de 2005), el Ministerio de Justicia presentó un estudio titulado *Radicalismo y Radicalización* (2005) al Parlamento holandés. Desde entonces, se han publicado decenas de estudios sobre la radicalización de

individuos y grupos por motivos ideológicos (religiosos o políticos). Los temas principales de estas publicaciones suelen ser: los motivos de los extremistas (los factores que les llevan a radicalizarse), cómo detectar su radicalización y cómo combatir eficazmente los grupos violentos o desradicalizar a sus integrantes. La gran mayoría de estos libros y ensayos ha sido publicada en holandés, lo que ha facilitado que la ciudadanía que quiera participar en el debate sobre estos temas lo pueda hacer con mayor conocimiento de causa; sin embargo, el hecho de que relativamente pocos de estos estudios holandeses hayan sido publicados en inglés, nos impide a los académicos y políticos en otros países aprender de una experiencia acumulada desde hace más de 15 años en el país nórdico.

Cabe destacar, además, que la información para muchos de los estudios sociológicos y antropológicos se obtuvo por medio de la observación participante o, en el caso de las investigaciones periodísticas, como resultado de la infiltración (al estilo del ‘método Wallraff’) en las redes de individuos radicalizados.

En este breve texto, que se limita a los individuos y grupos de radicalización islamista, destacaré los resultados y conclusiones más importantes de unos estudios recientes acerca de los temas antes señalados.

Detección de radicalización

La socióloga Marion van San lleva más de 25 años estudiando diferentes grupos juveniles violentos en Países Bajos y Bélgica. Dos de sus publicaciones recientes, *De onvoorspelbare terrorist* ('El terrorista impredecible', 2018) y *Kalifaatontvluchters* ('Los que escaparon del Califato', 2019), se centran en la radicalización de jóvenes islamistas. El ensayo de 2018 es un estudio bibliográfico exhaustivo acerca de las publicaciones internacionales que pretenden establecer posibles indicadores para detectar a tiempo la preparación de acciones extremistas o sugieren métodos para desradicalizar a los yihadistas. Las conclusiones a las que llega la autora no son nada prometedoras. Algunas listas de indicadores de radicalización que las publicaciones analizadas sugieren son totalmente dispares, mientras otras se solapan parcialmente, pero, según Van San, ninguna publicación consigue demostrar fehacientemente que exista algún método fiable para predecir si una persona con ideas extremas evolucione hacia posturas violentas o terroristas. Por otro lado, la autora concluye que aquellas publicaciones que proponen unos métodos para desradicalizar a los extremistas tampoco demuestran científicamente que estos métodos realmente funcionan.

Para el libro *Kalifaatontvluchters*, Van San siguió durante 7 años a más de 40 familias de jóvenes yihadistas en Holanda y Bélgica; al mismo tiempo, mantenía contacto on-line con unos veinte jóvenes de estas familias que fueron a Siria a luchar en las filas de ISIS/Daesh. Puede que no sea posible establecer indicadores de radicalización, pero estos contactos intensivos le permitieron a Van San detectar varias características que muchos yihadistas o sus familias tenían en común. Las familias contactadas eran muy diferentes entre sí, pero prácticamente todas tenían problemas, o bien de violencia doméstica, o bien de deudas o de adicciones (drogas, juego). Y muchos jóvenes radicalizados habían llevado una vida de descontrol y de criminalidad, generalmente metidos en drogas o moviéndose (sobre todo, las chicas) en el mundo de la prostitución. La reconversión a una corriente ultra-ortodoxa del

islam y la posterior radicalización dentro de esta corriente se puede entender como una manera de redimirse, de buscar 'lavar' sus pecados; los más extremistas buscarían la salvación de sus almas en el martirio (es decir, realizando un atentado yihadista), de ahí su decisión de incorporarse al Daesh. Muchas chicas se fueron a Siria después de haberse enamorado de un joven yihadista, al que generalmente habían conocido on-line en foros islamistas; en estos casos, enamoramiento y radicalización iban de la mano.

En prácticamente todos los casos, los familiares manifestaban que no habían percibido cambios llamativos en el comportamiento de estos jóvenes que hubieran podido revelar su proceso de radicalización. Hace veinte años, muchos de los jóvenes musulmanes en occidente que viajaban a Afganistán para luchar al lado de los talibanes, habían dedicado previamente tiempo al estudio del islam; sin embargo, ninguno de los jóvenes que habían viajado a Siria, procedentes de las decenas de familias estudiadas por Van San, parecía haber estudiado la religión con cierta seriedad (más allá de consultar los blogs de los autoproclamados 'ciberimames' en internet).

Los periodistas de investigación Van de Beek y Van Dyck (2017) suscriben estas conclusiones de Van San. Su libro describe de forma pormenorizada el proceso de radicalización de tres jóvenes musulmanes holandeses (dos hombres y una mujer) y su huida hacia Siria en 2014, culminando en el mayor atentado múltiple (en Bagdad, Irak) cometido por un ciudadano holandés en la historia reciente. Los familiares y amigos de estos jóvenes subrayan que en la época anterior a su radicalización (una radicalización 'expres', breve y abrupta) solían ser personas serias, perfectamente normales, hasta tímidas. Por esta razón, nadie percibió ningún indicio de sus intereses por las ideas fundamentalistas e yihadistas. Sobre el autor material del atentado, los periodistas afirman: "En retrospectiva, lo que más llama la atención es que él *no llamase la atención*" (ibid.: 40). Aunque causó una ligera preocupación en su entorno cuando dejó de dar la mano a las mujeres

y empezó a rehuir del contacto con las personas no musulmanas. Un mayor indicio también fue la adopción de una postura cada vez más intolerante hacia musulmanes menos ortodoxos, recri-

minándoles sus comportamientos ‘pecaminosos’ (*haram*), pero nada de eso se consideró lo suficientemente grave como para avisar a la policía o los servicios sociales.

El proceso de la radicalización

Si no podemos establecer unos indicadores de radicalización que nos permitan descubrir las tendencias extremistas a tiempo, ¿al menos existen unas pautas que nos hacen comprender el proceso que lleve a determinadas personas a adoptar posturas cada vez más radicales?

Doosje *et al.* (2016) describen un modelo de radicalización (y desradicalización) que sería aplicable a los cinco tipos de grupos radicales que distinguen: grupos nacionalistas o separatistas, grupos de extrema derecha, grupos de extrema izquierda, grupos ‘monotemáticos’ (*Single Issue groups*) y grupos de motivación religiosa (*ibid.*: 80). Estos grupos tienen varias características en común. En primer lugar, suelen percibir un problema de injusticia o de privación en la sociedad. Además, expresan una desconfianza en que las instituciones tengan interés en reparar la injusticia. En tercer lugar, estos grupos suelen ver el mundo en términos de ‘nosotros’ contra ‘ellos’, considerando que el *in-group* y sus normas y valores sean superiores que los de los demás grupos. El cuarto elemento es una ideología que justifique el uso de la violencia, sobre todo si va dirigida contra el grupo considerado culpable de la injusticia. Y por último, el grupo cree firmemente que el uso de la violencia sea la manera más eficaz para acercarse a su objetivo. El mucho más extenso estudio de Van den Bos (2018) confirma la utilidad de este modelo.

Maarten Zeegers (2016) describe de primera mano el caldo de cultivo de la radicalización: durante tres años, este joven arabista vive en un barrio multicultural de La Haya, donde es prácticamente la única persona autóctona; tres de cada cuatro habitantes del barrio son musulmanes. En

ese tiempo frecuenta las clases coránicas en una mezquita salafista y participa en actividades religiosas y culturales. Como muchas grandes ciudades en Europa, La Haya es una ciudad con una segregación racial y cultural por barrios. En los barrios con un 80 o 90 por ciento de población de origen inmigrante, suele haber muchas viviendas en malas condiciones y el porcentaje de paro y el nivel de abandono escolar son más altos que en el resto del país. Los habitantes se sienten a menudo ignorado por las instituciones y suelen albergar un fuerte resentimiento hacia los políticos y demás representantes del Estado. Pero Zeegers destaca que al mismo tiempo las comunidades musulmanas han experimentado un proceso de progresiva ‘islamización’ en las últimas décadas: predicadores islamistas han conseguido obtener cada vez más seguidores, sobre todo entre aquellos jóvenes que buscan una forma más pura de vivir el islam; esta versión supuestamente más ‘auténtica’ de la religión suele ser siempre más rigorista y más fundamentalista. Un creciente número de estos jóvenes se integra en grupos salafistas, considerando que esta corriente ultra-ortodoxa constituya la mejor manera para apartarse de la sociedad occidental o, en los casos más extremos, para oponerse a ella (*ibid.*: 54).

El grupo yihadista de donde procedió el asesino confeso del cineasta Theo van Gogh también tenía su base en La Haya³¹. En su tesis

31 En círculos de los servicios de inteligencia y los medios policiales se bautizó este grupo yihadista como *Grupo Hofstad* (‘Ciudad de la Corte’) por su lugar de procedencia: en La Haya se encuentra la sede del Gobierno del país. Van Gogh fue asesinado el 2 de noviembre de 2004.

doctoral, Schuurman (2018) intenta responder a la pregunta de cómo un grupo de amigos, casi todos de la segunda o tercera generación de la inmigración, se convierte en una célula yihadista. Los resultados de la investigación proceden de las numerosas entrevistas del autor con los propios terroristas encarcelados o reinsertados; aparte de esto, tenía acceso a los documentos sobre el caso en los archivos policiales. Dos de sus principales conclusiones contradicen unas ideas muy establecidas en círculos políticos y académicos: a) la posición socio-económica o el nivel de educación de los radicalizados no constituyen variables explicativas (ni necesarias, ni mucho menos suficientes) y b) los yihadistas tampoco suelen ser psicópatas.

Schuurman describe que los motivos de los integrantes del grupo para entrar en una dinámica de radicalización son diversos y no son meramente ideológicos o religiosos. Casi todos afirman la importancia de pertenecer a este grupo de amigos, con quienes pueden hablar, jugar al fútbol, etc. Proceden de familias musulmanas o se han convertido al islam y comparten la frustración por lo que consideran el desprecio generalizado en la sociedad holandesa hacia su religión. A esta frustración se suma la sensación de indignación e impotencia, cuando comienzan a compartir videos con imágenes de acciones de extrema violencia contra poblaciones musulmanas en países como Afganistán, Irak, Chechenia o Israel. Estas experiencias no hacen más que fomentar sus sentimientos anti-occidente. Los miembros del grupo consiguen armas, fabrican unas bombas caseras y comienzan a planificar atentados; en noviembre de 2004, su líder asesina al cineasta Van Gogh, al que acusaban de blasfemia por ha-

ber hecho una película corta sobre el trato de la mujer en el islam. En las semanas y meses después, prácticamente todos los integrantes del grupo son detenidos.

Schuurman señala el elemento de narcisismo en las acciones de los integrantes del grupo Hofstad. Una de las cosas que los yihadistas pretendían comunicar con sus acciones era su alto nivel de compromiso con la causa: al cometer atentados contra representantes destacados de la sociedad occidental, contra periodistas y políticos (tenían planificado cometer un atentado contra el Parlamento holandés), querían demostrar que eran unos musulmanes excepcionales y ejemplares. (Es algo que tienen en común con otros radicales: por ejemplo, los ultraderechistas del *Alt-Right* se presentan como unos auténticos patriotas o los *Black Bloc* de la extrema izquierda como verdaderos antifascistas.) Según Schuurman (2018), este tipo de radicalización conduce a la violencia si se cumplen las siguientes condiciones: cuando los integrantes de un grupo comparten una ideología que legitima la violencia (por ejemplo, ‘puesto que los infieles –o los inmigrantes, o los políticos populistas– constituyen una amenaza a nuestro modo de vida, hay que acabar con ellos’); cuando comparten una visión apocalíptica (en el caso de los islamistas, la creencia en la inminente batalla final entre el islam y los infieles); y cuando se trata de un grupo muy cerrado en el que los integrantes viven en una ‘burbuja ideológica’.

Cuando unos individuos han entrado en una dinámica de radicalización, ¿existen estrategias para desradicalizarlos? ¿Y hasta qué punto son eficaces? ¿Qué dicen las publicaciones holandesas al respecto?

Posibilidad de desradicalización

Como ya se ha indicado arriba, según Van San (2018) ninguna de las publicaciones escrutadas que proponían métodos para desradicalizar a los extremistas, aportó datos suficientes para poder aceptar que estos métodos realmente funcionen. En general, faltan evaluaciones científicas acerca de las muchas intervenciones propuestas. Hay expertos en fundamentalismo islámico que sostienen que los radicales han sido adoctrinados por versiones manipuladas de los textos sagrados del islam y que el remedio consiste en presentarles una interpretación ‘correcta’ de estos textos; sin embargo, no hay indicios de que estas ‘contranarrativas’ realmente surten efecto para desradicalizar a los yihadistas. Van San denuncia que la oferta de cursos de desradicalización se ha convertido en un negocio rentable para muchas empresas que han sabido aprovechar este nuevo nicho de mercado.

Van San (2019) sugiere que una auténtica desradicalización se produce casi exclusivamente por iniciativa propia del yihadista. De sus entrevistas con (ex)yihadistas y sus familiares deduce que la desradicalización de un extremista se puede producir por varias razones: por ejemplo, porque en el grupo se están produciendo conflictos internos; por su decepción por el funcionamiento del grupo yihadista; por la dificultad de adaptarse a la vida clandestina; porque le cuesta aceptar la violencia; porque desarrolla un interés en otro tipo de ideologías; porque tiene una oferta de em-

pleo; o porque ha encontrado pareja y quiere crear una familia. Doosje *et al.* (2016) también hacen hincapié en la importancia de estos factores. Pero Van San también avisa que algunos ‘exyihadistas’ pueden haberse desradicalizado solamente en apariencia; se comportan como un *sleeping cell* que puede activarse en cualquier momento. (Este aviso resultó premonitorio: véase los atentados por parte de islamistas que supuestamente se habían desradicalizado, en noviembre de 2019 y febrero de 2020 en Londres).

Doosje *et al.* (2016) insisten en que deberíamos diferenciar entre ‘desvinculación’ y ‘desradicalización’. La desradicalización implica que los extremistas abandonen la ideología que les ha llevado a adoptar sus posturas radicales; según los autores, no es muy realista que espereemos esto de los islamistas. Por otro lado, la ‘desvinculación’ (*disengagement*, en inglés) significa que los extremistas abandonan la violencia, sin necesariamente renunciar a su ideología ultra-ortodoxa, que podrían seguir defendiendo por las vías pacíficas. Según Doosje *et al.*, la política y las instituciones (jurídicas, penitenciarias) deberían abogar por esta vía, puesto que, con toda probabilidad, un mayor número de radicales esté dispuesto a aceptar una salida que no les obligue a renunciar a sus convicciones. Pero al igual que Van San, los autores avisan del riesgo de ‘recaídas’; los exradicales tendrán que seguir bajo vigilancia durante años.

Conclusiones

De las publicaciones holandesas acerca de la radicalización islamista se desprende que los numerosos libros y artículos que sugieren listas de indicadores supuestamente capaces de predecir la radicalización de individuos hacia posturas violentas no suelen demostrar científicamente la validez de estos indicadores. Al mismo tiempo, aquellos que pretenden ofrecer métodos para desradicalizar a los extremistas tampoco suelen contener una evaluación de la eficacia de tales métodos.

Por otro lado, muchas veces las personas del entorno de un individuo sí pueden detectar su evolución hacia posturas cada vez más fundamentalistas (salafistas). Sin embargo, el siguiente paso en el proceso de radicalización, hacia la legitimación o uso de la violencia, no es siempre detectable, bien porque la persona consigue disimular su intención, bien porque la evolución de una fase a otra sucede en muy poco tiempo (una ‘radicalización exprés’)³². De todas formas, es importante recalcar que no todos los musulmanes ultra-ortodoxos evolucionan hacia un fundamentalismo yihadista.

En países como Alemania, Países Bajos o Bélgica, la detección de islamistas radicales suele ser el resultado, por un lado, del trabajo en equipo entre la policía de barrio, los trabajadores sociales, los trabajadores juveniles y, a veces también,

los responsables religiosos y, por otro lado, de la investigación y seguimiento de los servicios de inteligencia. Se ha adquirido mucho conocimiento sobre los procesos de radicalización, además, a través de investigaciones sociológicas y antropológicas (vía el método de la observación participante) y un periodismo de investigación de gran calidad.

Para desradicalizar a los yihadistas, la estrategia de ofrecerles una ‘contranarrativa’ (una interpretación ‘correcta’ del islam) no tiene eficacia. (Olivier Roy, experto francés en yihadismo, lo compara con el intento de moderar la ideología de un estalinista, ofreciéndole libros de economía neoliberal.) Teniendo en cuenta que una desradicalización real y duradera suele suceder por iniciativa propia, una estrategia más eficaz puede ser confrontar los fundamentalistas con la corrupción, económica o ideológica, de muchos grupos salafistas-yihadistas. Por otro lado, es dudoso que tal información les llegue, puesto que los radicales suelen encerrarse en una burbuja ideológica. En los países del norte de Europa, hay ex-yihadistas que frecuentan escuelas primarias y secundarias, así como centros culturales, para ofrecer sus testimonios de radicalización, decepción y reintegración en la sociedad. Esto puede tener un efecto preventivo con respecto a los jóvenes que se sienten atraídos por el ideario fundamentalista; pero los ex-yihadistas son considerados traidores, incluso apóstatas, por los ya radicalizados.

³² El informe PRODERAI (Generalitat de Catalunya 2017) utiliza una parecida conceptualización de la radicalización en dos fases.